

## ABC

## SÓFOCLES EN SU BIMILENARIO

**A**l lado de tantos centenarios rodeados de abundante publicidad, el bimilenario del nacimiento de Sófocles no ha trascendido demasiado. Y, sin embargo, en él y en los otros dos grandes trágicos está el origen de tantas cosas: teatro, novela, cine y todo lo que cabe en la misma palabra «trágico». Una reflexión, no la única, pero sí esencial, sobre el hombre. Desde Grecia hasta aquí, en el planeta todo.

Los helenistas españoles han organizado o van a organizar, a lo largo del año, ciclos de conferencias sobre Sófocles: en Córdoba, Málaga, Andújar, Murcia, La Laguna, que yo recuerdo. En algunos he intervenido. Pero, sobre todo, en Segóbriga y en el teatro escolar en muchos lugares de España ha habido representaciones de Sófocles. Se dirá que escolares, pero muchas maduras ya: son grupos de profesores y alumnos que tienen algunos, ya, un largo rodaje. Nos dan el verdadero Sófocles, el que gusta a los públicos. Y los otros trágicos y cómicos.

Y ahora en Madrid Manuel Canseco ha presentado en un maratón de seis horas y media tres obras de Sófocles, todo el ciclo de tragedias tebanas: los dos «Edipos» y «Antígona», completadas por un «Etéocles y Polinices» de Esquilo y Eurípides. Grandeza y muerte, reyerta y amor, libertad y tiranía en la Tebas de los Labdácidas.

Por una vez hemos visto, al nivel ya del teatro profesional, a Sófocles: sin mutilar sus coros ni sus parlamentos, puro pensamiento y pura poesía que nos hace pensar, que no es que nos traslade a los tiempos del mito, es que nos hace entrar en nuestro propio tiempo, o en el de siempre, de la mano del mito. El público seguía a Sófocles — y a sus intérpretes — con emoción.

Esta es una vieja experiencia mía, de cuando llevaba a Edipo por los caminos de España con actores universitarios y luego, cuando con Canseco como director, ponía en escena la «Orestíada» en el templo de Debod, en Madrid. La experiencia es esta: la tragedia griega (la comedia también), cuando es presentada directamente con mínimas adaptaciones, sin cortes y sin rebozados, sin supuestas modernidades y supuestas genialidades y supuestas grandes descubrimientos, llega al público. No ya al de las grandes ciudades: al de los estudiantes de Bachillerato, al de los campesinos de los pueblos de España.

Fue un gran descubrimiento el de los trágicos griegos cuando expusieron cruda, pero poéticamente, la entraña de la acción humana. La grandeza y la caída, la razón y el azar, el poder y la rebelión, la discordia y la guerra, el sufrimiento y la muerte. ¿Cómo no admirar al héroe que sigue adelante allí donde otros se detienen? Pero el poeta no se hace ilusiones sobre la capacidad de juicio de los hombres y los límites de lo humano. ¿Cómo no van el coro y el público a amar al héroe y llorarle? Se

**La tragedia es el gran invento griego. En la épica, en el cuento, en mil festivales populares de las fiestas agrarias, mucho más vivas en la Antigüedad que en nuestros días, narrados o puestos en rústicas escenas, los grandes héroes, los grandes paradigmas de la vida humana se hacían presentes**

ven retratados en él, no querían ir tras él, y sin embargo...

Esto es Sófocles en el ciclo tebanos. Edipo somos nosotros, médicos y enfermos, víctimas de impulsos nobles e insuficiente cálculo, de la Fortuna imprevisible. Somos Antígona, que se deja la vida en el choque de los deberes para la familia y la piedad y las líneas rectas del Estado. Creonte, que defiende la que él cree que es una racionalidad y se despierta convertido en un tirano. Y llora en soledad.

La tragedia es el gran invento griego. En la épica, en el cuento, en mil festivales populares de las fiestas agrarias, mucho más vivas en la Antigüedad que en nuestros días, narrados o puestos en rústicas escenas, los grandes héroes, los grandes paradigmas de la vida humana, se hacían presentes. En Grecia, pero también en la India, en nuestra Europa medieval y a veces hoy en día, en todo el mundo en realidad. Ahora bien, la vida humana es compleja, mezcla inextricable de alegría y dolor, de éxito y fracaso, enlazados a veces de maneras extrañas. Había dolor, pero también triunfo final, alegría. Era la fiesta.

Pues bien, los griegos, simplistamente, cortaron en dos la vida humana y dedicaron un género al dolor y la muerte. Comprendieron que la acción es irrenunciable, no vale el asceta desnudo sentado encima de un puñado de hierbas, como en la India, ni siquiera vale el modelo del santo sino para muy pocos elegidos, fuera de la vida y de la historia. Pero la acción, que es la verdadera vocación del hombre, lleva a la grandeza y al error, sus vías y sus conclusiones son imprevisibles. La vida humana, en cuanto quiere ser algo, se torna trágica.

La visión de la tragedia es simplista, también existen la alegría de la vida, el triunfo, el amor. Shakespeare y dramaturgos españoles desde Fernando de Rojas redescubrieron la

mezcla vital que es la tragicomedia. Pero ya estaba, desde los griegos, descubierta la tragedia. Y está tan en el fondo del alma humana que de tanto en tanto resucita, o en el teatro o en sus derivados.

La persiguieron los filósofos desde Platón, la persiguieron los cristianos. Señalaban unas normas que hicieran la vida comprensible y previsible, lo contrario de lo que es la tragedia. Pero luego se vio que a veces algo falla y que la tragedia existe también, aunque procuremos apartarla de nuestros ojos. Y de cuando en cuando retorna a nuestra literatura porque retorna a nuestras vidas.

¿Cómo, entonces, no va a ser actual Sófocles, que es la tragedia misma? Cuando se pone en escena sin adornos ni aderezos, sin edulcorantes ni frivolidades a la moda ni genialidades «actuales».

Mala suerte tienen los trágicos griegos en España, con algunas excepciones como las que comento. Y eso que las traducciones han sido totalmente renovadas y que los escolares de Bachillerato siguen a los griegos por las distintas Segóbrigas de España.

Pero el festival de Mérida, que se inventó para el teatro clásico con la representación de «Medea» (de Séneca, traducción de Unamuno) en 1933, ha realizado en ocasiones su cometido, pero a partir de un momento ya no se sabe qué es exactamente. Yo he visto allí a Lisístrata en bicicleta, a Clitemestra fumando un cigarrillo, a Hipólito en cueros. Esto no es anécdota: el hábito sí hace al monje. Otras veces, he visto espectáculos más de ballet que de teatro. O soflamas de política correcta. O grandes actores o actrices recitando textos mediocres.

Ahora funciona con actores conocidos por la televisión y con una cierta proporción de extremeños. A mí, como escribí una vez en el «Hoy» de Badajoz, lo que me interesa es que sean buenos, aunque sean de Corea. No otra consideración alguna.

Y que el teatro griego sea teatro griego. Aunque Sófocles naciera hace veinticinco siglos está más vivo que muchos que están vivos.

Yo ya no voy a esos otros espectáculos, sufro demasiado. Ni voy a películas del mismo tipo. Ni voy a Siracusa, donde había un hermoso festival y lo han destrozado en forma parecida. Eso sí: todos somos libres de escribir nuevos «Edipos», nuevas «Antígonas». Pero firmados con nuestros nombres. A Sófocles déjenle sus obras. Déjenle en paz.

Un Centro o Instituto de teatro greco-latino, a cargo del Ministerio de Cultura, ¿no creen que nuestro país se lo merece? Pero del de verdad, insisto. Sófocles podría prestar su nombre, seguro que lo aprobaría desde el Hades.

**FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS**  
de la Real Academia Española